

JUANA TRELAN

I.

La romería de Elven

Era domingo, y desde que apuntó el sol, el sacristan, colgándose de la cuerda de la campana, empezó á anunciar á los vecinos de Elven la festividad del día.

Toda la poblacion se puso en movimiento como movida por un resorte.

Las puertas de las casas se abrieron y las marmittas empezaron á hervir en las cocinas.

No había nadie, por pobre que fuera, que no esperara á algun pariente, amigo ó huésped.

Se trataba de la fiesta tradicional del país, y todos querian asistir á ella.

El tiempo prometía favorecerla.

Marta Cahusac fué la primera que se levantó aquel día.

Pocos momentos despues estaba tambien en la cocina la señora Jacut, disponiéndolo todo y dando órdenes á los marmitones con que habia reforzado el servicio de la posada.

Los víveres abundaban, habiéndolos para todas las fortunas y todos los gustos.

Es indecible el número de parientes que visitan á un breton de Elven ó de Joquetas ó Plumergat en dias semejantes.

Aunque tuvieran la seguridad de morir de hambre al dia siguiente, ningun vecino de los pueblos inmediatos á Elven dejaria de asistir á su romería, que devora sus economías de todo el año.

—Este año les toca tirar á la barra á Penhoet y á Tredion, dijo una de las criadas auxiliares de la posada de *El condestable*. ¿Quién ganará?

Penhoet seguramente, contestó un marmiton, sobre todo, si disputan el premio Jacobo y Corentin. No hay quien pueda con ellos.

—Jacobo, repuso otro, ganó el premio el año pasado. Y por cierto que se le dió á Marta á cambio de un abrazo. Era una medalla de plata que bien valdria un escudo. ¿No es verdad Marta?

—Si, contestó Marta.

—Yo no he tenido nunca esa fortuna, suspiró otra de las criadas auxiliares.

—Dicen que la señorita de Santa Gilda se va á casar.

—Tendremos otra gran fiesta.

Esta vez no suspiró ninguna de las muchachas presentes, porque ninguna se atrevia á tener celos de la señorita de Fonterose.

El sacristan seguia tirando de la cuerda de la campana.

Las calles estaban llenas de carruajes y de caba-
llerías.

—Vamos, vamos, despachaos, dijo la señora Jacut á sus criados. Dentro de una hora no se cabrá en la posada.

Las asistentas y los marmitones redoblaron sus esfuerzos.

—¿Y nuestra huéspedá? preguntó la señora Jacut á Marta.

—Está muy débil todavía, la contestó Marta, y se ha quedado pálida como una muerta.

Fuera de la posada la confusion y el bullicio iban en aumento.

Los aldeanos de Pleucardem saludaban á los aldeanos de Plaudren tirando los sombreros al alto, y los de Kerdegren daban su tabaquera á los de Tredion para estornudar todos á un tiempo, en prueba de las simpatías que los unían.

No se oía por todas partes mas que esta exclamación:

—Dios os ayude.

Las muchachas se reían á carcajadas para enseñar los dientes.

Todo el mundo esperaba que el héroe del día sería Jacobo Kerandal, y se hacían lenguas de él, aunque no faltaba quien, en voz baja, le quitase el pellejo por los rumores que corrían respecto á su mala conducta.

En ninguna parte es tan apreciado el valor como en Bretaña.

Jacobo era capaz de hacer correr á veinte guarda-bosques y de echar de cabeza al río á dos marqueses y tres vizcondes que, al pasar por delante de ellos con su escopeta y su perro no le saludaran.

Poseía un talisman que hacía olvidar todos sus defectos

Era tan valiente como los Kerandal que tomaron parte en el combate de los *Treinta*.

Corentin era tambien todo un hombre, pero no presumía de invencible como su hermano.

De aquí que Jacobo fuera mas popular.

Donde se presentaba recibía una ovacion.

—¡Ahí va Jacobo Kerandal! ¡Ahí va Jacobo Kerandal!, decían los muchachos corriendo trás él, y al oír este nombre, todas las mujeres se asomaban á las ventanas para verle pasar.

Ibo no era apreciado mas que por su honradez.

Al sonar el último toque de misa, la iglesia estaba llena de bote en bote.

En aquel momento se detuvo delante de la posada el carruaje del señor Lesguidou.

—¡Ya está aquí el señor Lesguidou! exclamó alegremente Marta.

—¡Ese viejo solapado no se duerme en las pajas, murmuró la señora Jacut!

El señor Lesguidou no era santo de su devocion.

Eran las ocho cuando entró en la cocina.

Los parroquianos habituales de la señora Jacut, que estaban ya sentados alrededor de las mesas, se levantaron para saludarle.

—¿No ha venido Michaud? preguntó el señor Lesguidou á Marta.

—No, señor, le contestó Marta.

—¿Está comprometido el cuarto en que cenamos el otro día Michaud y yo?

—Sí, señor,

—¿Para quién?

—Para el señor Cláudio Kerandal, su familia y algunos amigos de la señora Jacut.

—¿Cláudio Kerandal! ¿Sabes si viene á la romería su madre?

—Sí, señor, viene toda la familia Santa, Jacobo, y Corentin, Ibo...

Una indefinible sonrisa contrajo los labios del señor Lesguidou.

—Pero siempre quedará sitio para poner una mesa en que comamos Michaud y yo.

Ya no debe tardar. Sirvenos al mismo tiempo que á los Kerandal. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Cuenta con una buena propina.

—¡Oh! ¡Señor Lesguidou!

—Me gusta proteger á las muchachas serviciales.

Marta se retiraba ya cuando la volvió á llamar el señor Lesguidou.

—Dime, ¿y la huésped de París? ¿Va á almorzar también en el mismo cuarto?

—¡Ah, señor Lesguidou! Si supiérais...

—¿Ocurre alguna novedad?

—Ocurre una verdadera desgracia.

—¡Habla, Marta, habla! exclamó el señor Lesguidou, visiblemente contrariado.

—Ha sido víctima de un accidente...

—¿De un accidente!...

—Figuraos que fué á ver la torre de Elven acompañada del señor Cláudio Kerandal.

—Bueno. ¿Y qué mas?

—Resbaló y bajó rodando la escalera.

—¿Se hirió?

—Sí, señor.

—¿Gravemente?

—Sí, señor.

El señor Lesguidou hizo un gesto de disgusto.

Aquella aventura contrariaba en parte sus proyectos.

Decididamente, el diablo protegía á los Kerandal.

—¡Pobre señora! exclamó despues de una larga páusa.

Era preciso neutralizar los efectos de aquella inesperada complicacion.

—¿Marta? dijo.

—¿Señor? le contestó Marta.

—Escucha bien.

—Toda soy oídos, señor Lesguidou.

Después de mirar á su alrededor, prosiguió:

—Hablares mientras pongas la mesa.

Y bajando la voz, añadió:

—Te necesito, Marta, y ya sabes que soy generoso con las personas que me sirven. ¿Tú, profesas cierto cariño á la huésped que ha venido de París?

—Sí, señor. ¿Por qué he de negarlo?

—Vas á hacer lo que te mande, y te daré, no diez céntimos como el otro día, si nó dos francos.

—Mandad, señor Lesguidou. ¿Qué debo hacer?

—Poca cosa. Decir á la señorita Juana que deseo verla para hablarla de un asunto importante.

Marta echó á correr, volviendo diez minutos después.

—Seguidme, dijo el señor Lesguidou.

Juana guardaba aún cama.

Al ver entrar al señor Lesguidou, se incorporó.

—Marta, dijo, da una silla á este caballero.

—Y déjanos solos, añadió el señor Lesguidou.

Marta obedeció ambas órdenes.

—Señorita, dijo el señor Lesguidou á Juana, después de condolerse del accidente que la tenía en aquella situación, los instantes son preciosos. ¿Deseais saber lo que ha sido de vuestro padre?

—¿Cómo podeis dudarlo?

—Yo lo sé y quiero decíroslo; pero, para demostraros que mis informes son verídicos, es preciso que sigais mis instrucciones al pié de la letra.

—Hablad.

—¿Podreis bajar al comedor donde generalmente os sirven?

—No lo sé.

—¿No hareis un esfuerzo?

—Procuraré hacerlo, si es absolutamente necesario.

—Es indispensable.

—¿A qué hora debo bajar?

—Marta vendrá á decíroslo.

—Os lo prometo. ¿Y después?

—En el comedor habrá una mujer de cierta edad.

—Bien.

—Yo os indicaré cuál es con un movimiento imperceptible para los demás. Os dirigireis á ella inmediatamente y la direis:—Yo soy Juana Trelan.

—¿Nada más?

—Y añadiréis:—Me han dicho que vos sabeis lo que ha sido de mi padre.

—¿Nada más?

—Esperareis á que os conteste.

—Bien.

—Si al entrar os hago una señal con la mano, guardareis silencio, limitándoos á oír lo que digan los demás. Por ellos sabreis todo lo que necesitais saber. ¿Me habeis comprendido?

—Perfectamente.

El señor Lesguidou se levantó.

—Mi última recomendacion es que no digais á nadie que me conoceis, ó no sabreis nada.

—Callaré.

El señor Lesguidou se despidió de Juana.

La primera persona que vió al entrar de nuevo en la cocina, fué á Michaud, que descollaba entre todos los parroquianos y criados de la señora Jacut por su elevada estatura.

La fisonomía de Michaud, siempre alegre, tenía aquel día una expresión siniestra.

El señor Lesguidou lo advirtió al primer golpe de vista.

Sus miradas se encontraron.

Michaud vaciló un momento; pero al fin se dejó vencer por el deseo de vengar la traicion de Santa.

Si hubiera sido mudo, habría reventado.

—Señor Lesguidou, tenías razon, murmuró con voz sorda. Santa es una Kerandal. Se burla de mí... Tenia otro amante... ¡Viven los cielos!... ¿No habéis desistido de vuestro proyecto?

—No.

—Contad conmigo para todo.

El señor Lesguidou se sonrió.

—Ya veremos, ya veremos... contestó.

Y cogiéndole de un brazo y llevándole á un rincon de la cocina, añadió:

—Explicadme eso de que Santa tenía otro amante..

—¡Sí, otro amante afortunado!

Mientras Michaud referia al señor Lesguidou la escena del jardín, Marta puso una mesa al lado de la que debían ocupar ellos.

—Vais á estar bien acompañados, les dijo Marta.

—¿Para quién es esa mesa?

—Para tres caballeros del castillo que estarán aquí dentro de una hora. Binic ha venido á encargarse el almuerzo. Dice que uno de ellos es un general.

El señor Lesguidou miró á Michaud.

—El diablo toma cartas en el juego á nuestro favor, dijo. Tendremos testigos de importancia.

—Sois afortunado en todo, le contestó Michaud.

Y pensando en la perfidia de Santa, enseñó los puños á un enemigo invisible.

En aquel momento se detenía delante de la puerta de la iglesia el carruaje que conducía á Maria Ana, Santa y Catalina.

Iban á oír misa antes de entregarse á los placeres de la romería.

Claudio condujo el carruaje á la pesada, y despues de desenganchar el caballo y alojarle en la cuadra, echándole un pienso, subió al cuarto de Juana.

—Entrad, dijo con voz débil la enferma al sentir que llamaban á la puerta.

—¿Cómo sigue mi querida enferma? la preguntó

Cláudio cogiéndola la mano y llevándosela á los labios.

—Bien, gracias, le contestó Juana. ¡Cuánto agradecimiento os debo!

—No me debeis reconocimiento, repuso Cláudio. Me debeis dos luises. Y aún esto es mucho para un médico de aldea. Gracias á Dios, si no cometéis alguna imprudencia, esto acabará pronto. ¿Os duele el brazo?

—Sí.

Cláudio quitó la venda que cubria la herida, y despues de examinarla, añadió:

—Ya no necesitáis médico ni nadie que os cure.

Y dió un paso hacia la puerta.

—¿Me dejais ya?

—Es preciso.

—¡Me abandonais!

—¿Qué dirian si me viesen salir de vuestro cuarto? Os comprometeria.

—Mejor que á vuestros ojos quisiera verme comprometida ante el mundo entero.

Cláudio se sentó á la cabecera del lecho de Juana.

—Explicadme lo que eso significa, dijo.

—Sois la primera persona que, desde que estoy en Francia, me ha demostrado verdadero afecto. Sois un hombre de honor superior en inteligencia y en corazon á todos los hombres que he conocido. Suceda lo que suceda, os amaré siempre.

—Sí, contestó tristemente Cláudio; me amareis como á un hermano.

—¿No es el mejor de los cariños? replicó vivamente Juana. ¿No os hace pensar que si uno tiene una pena, si padece, encuentra quien le consuele? Cláudio, os lo juré ayer. Hoy os renuevo mi promesa. Donde quiera que esteis y necesiteis de mí, llamadme y me tendreis á vuestro lado. Siendo tan bueno conmigo, ¿por qué no he de serlo yo con vos?

—¡Ah!

—Quisiera veros desgraciado para llorar con vos, añadió Juana dulcemente.

Cláudio se inclinó sobre la cabeza de Juana hasta tocar con los labios su destrenzada cabellera, y exclamó:

—¡Y si lo fuera ya, no por culpa, si nó por causa vuestra! ¿No tendríais compasión de mí? Os amo entrañablemente, y sin vuestro amor no podré vivir.

—¿Y mi pasado? ¿Puedo yo borrarlo? ¿Podeis vos hacer que no haya existido? Si vos me perdonais, yo no puedo perdonarme. ¡Está tan cercana la culpa! Dejad que pase el tiempo y cumpla su mision. Si dentro de algunos años no me habeis olvidado, buscadme y decídmelo. Yo tengo la seguridad de no cambiar. Una voz me dice desde el fondo del alma que os tendré siempre un vivo afecto. ¿Quereis que os haga una promesa? Si las heridas de mi corazón no se cierran, no seré vuestra, pero tampoco seré de ningún otro hombre.

Al acabar de pronunciar estas palabras, dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Ah! exclamó Cláudio cayendo de rodillas y cubriéndole de besos las manos; si llegarais á ser mía, no habría mujer mas feliz en el mundo.

XXX

La explosion de la mina

Cuando el capitán regresó á Santa Gilda, calado como una sopa, humillado como colegial de quince años, y furioso porque se le había escapado su presa dió la brida del caballo al palafrenero, que le esperaba á la puerta del jardín, y tomó el camino de su cuarto, de puntillas, para que nadie le oyera.

Pero al abrir la puerta de su cuarto, no vió que una sombra avanzaba hácia él.

Era el general, que al verle en aquel estado, retrocedió dos ó tres pasos.

—No os asustais mi general, soy yo, y no diré que os he visto.

—Señor capitán calavera, ¿venis de alguna excursion amorosa?

—¿Y vos, mi general?

—¡Es un ángel, amigo mío, un ángel!

—Bajo la prosáica forma de una institutriz.

—¡Deliciosa! ¡Encantadora! siguió exclamando el general. Y además es un modelo de sencillez...

En su entusiasmo, el general se agarró al brazo del capitán.

—Estais mojado, capitán, y no llueve. ¿Habeis tenido alguna cita en el fondo de las lagunas?

Estrelles se disculpó diciendo que el caballo se le había espantado, dando con él en el fondo de un lodazal.

Aunque la noche es magnífica... añadió.

—¿Y vuestra conquista? le preguntó el general interrumpiéndole.

—Como la vuestra, general ¡Divina! ¡Admirable!

—¡Silencio!

Antes de separarse, Estrelles ofreció al general acompañarle al día siguiente á Elven.

Irían á almorzar á la posada de *El Condestable*, que era la mejor del pueblo, y Máximo de Presle formaría parte de la expedicion.

Los demás irían cada uno por su lado ó acompañando á las señoras.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, las castellanias de Santa Gilda se pusieron en camino, escoltadas por Roger y el baron de Fontrailles.

El capitán se había repuesto ya de los sinsabores y las fatigas de la noche anterior.

Estaba casi alegre.

Pero la causa de su alegría era que acababa de recibir unos pliegos que esperaba de París.

En aquellos pliegos constaba que Jacobo Kerandal estaba acusado de haber sido el autor de la muerte del marqués de Fonterose.

Tenía en la mano la venganza de las ofensas que le había inferido el feroz breton.

Máximo de Presle también parecía satisfecho.

Iba á ver á Juana, por cuya suerte se interesaba tan vivamente.

—¿Qué pensais del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambarés? le preguntó el general durante el camino.

—¿Y vos, mi general?

—Me parece que Nicolasa se hace valer demasiado.

—No vale poco.

—La marquesa tiene prisa por deshacerse de su hija.

—No se ocupa mucho de ella...

—No piensa mas que en sus meditaciones religiosas y en sus rezos... Cuando Nicolasa se vaya á París con su marido, el castillo se convertirá en un convento.

—¿Quién os ha dado esos detalles, general? ¿La institutriz?

—¡Es una excelente mujer la señora Simonet! exclamó el general galantemente.

—No digo yo lo contrario.

—Y se conserva muy bien.

—¡Es lástima que se encierre en un convento! ¿Por qué no la haceis vuestra ama de llaves? Creo que aceptaría el cargo.

—Ya he pensado en eso.

Los jinetes descubrieron á lo lejos la de torre Elven.

—¿Corresponde efectivamente el mérito á la fama que tiene esa torre? preguntó el general al conde de Presle.

—Es el primer punto de vista de Francia, contestó Maximo.

El camino estaba lleno de carruajes.

A las once llegaron á la posada de *El Condestable* los huéspedes del castillo.

María Ana y su hija, al volver de misa, apenas podían abrirse paso por entre los grupos que materialmente llenaban las calles.

Al verlas pasar, todas las miradas se fijaron en Santa.

Ella volvia la cabeza á un lado y á otro, saludando á sus admiradores con una deliciosa sonrisa.

Michaud estaba en la puerta de la posada.

—Buenos días, amigo Michaud, le dijo Santa. Michaud volvió la cabeza con afectado desdén, mordiéndose los labios de rabia.

Sin embargo, su corazón palpitó más fuertemente en presencia de la pérdida que le había engañado.

El señor Lesguidou le cogió de un brazo y le hizo

entrar en la posada, donde le siguieron María Ana, Santa y Cláudio.

Un momento despues llegaron Ibo y Catalina.

Ibo dijo á su madre que Jacobo y Corentin se harían esperar algun tiempo.

La señora Jacut habia reservado á sus amigos de Penhoet el mejor sitio del comedor.

Ante los Kerandal no habia generales, ni marqueses, ni autoridades.

Eran el objeto preferente de la curiosidad.

Santa parecia muy triste.

Habia ido á la romería contra su voluntad.

Pero Jacobo la habia decidido á no quedarse en Penhoet, diciéndola:

—No tengas miedo. Si alguien se atreve á faltarte al respeto, se las habrá conmigo.

Todo lo feroz que era con los demás, era de cariñoso con los suyos.

Se hubiera dejado hacer pedazos antes que consentir la menor ofensa á su madre y á sus hermanos.

No era un bandido vulgar ni un sér de pasiones bajas: era un hombre de otro tiempo que combatía á sus enemigos con las armas modernas.

Pero, para él no habia más enemigos ni más usurpadores que los Kerandal, y luchaba contra ellos sin piedad, decidido á exterminarlos y entrar á saco en su castillo, como pudieran haberlo hecho sus antecesores.

Sin embargo, en el fondo de su alma palpitaba un sentimiento que no conocía nadie.

Jacobo, como Corentin, amaba locamente á Nicolsa, y como Corentin la seguía á todas partes, arrojando las mayores fatigas y penalidades por verla un momento.

Habia adivinado que su hermano la amaba tambien, y tenia celos de él, celos terribles, como todos sus sentimientos.

—Si tú amases á la misma mujer que yo, habia dicho á Corentin, la mataria.

Tal vez el cariño que profesaba á Corentin hubiera detenido su brazo.

Pero, en este caso, habria vuelto contra sí el arma homicida.

Hemos dicho que nadie conocia el secreto de Jacobo, y esto no es rigurosamente exacto.

Así como Jacobo habia adivinado el amor de Corentin, la señorita de Fonterose habia adivinado el secreto de Jacobo.

Los ojos de Jacobo, ardientes como dos carbones encendidos, se lo habian revelado.

Si Santa parecia triste, su madre, María Ana, por el contrario, parecia tranquila.

Todavía resaltaba su hermosura á través de los extragos que habian hecho las penas en su semblante.

Al mismo tiempo que ellos, se sentaron á la mesa el señor Lesguidou y Michaud.